

CAPITULO

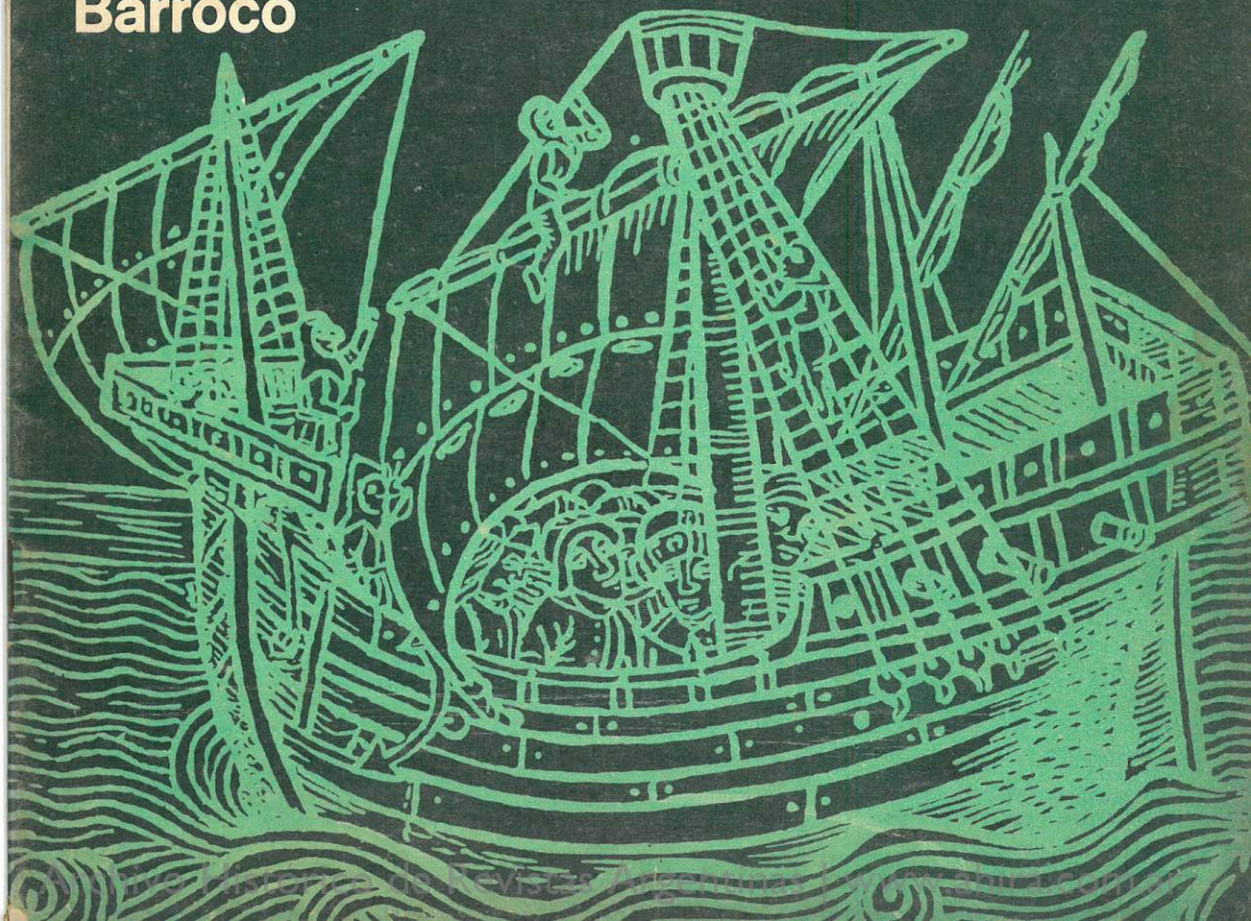


CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

4

**Epoca colonial: del
Renacimiento al
Barroco**



CAPITULO

la historia de la literatura argentina

4 Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco

Cada fascículo de esta Historia será preparado por especialistas, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina, y tendrá una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

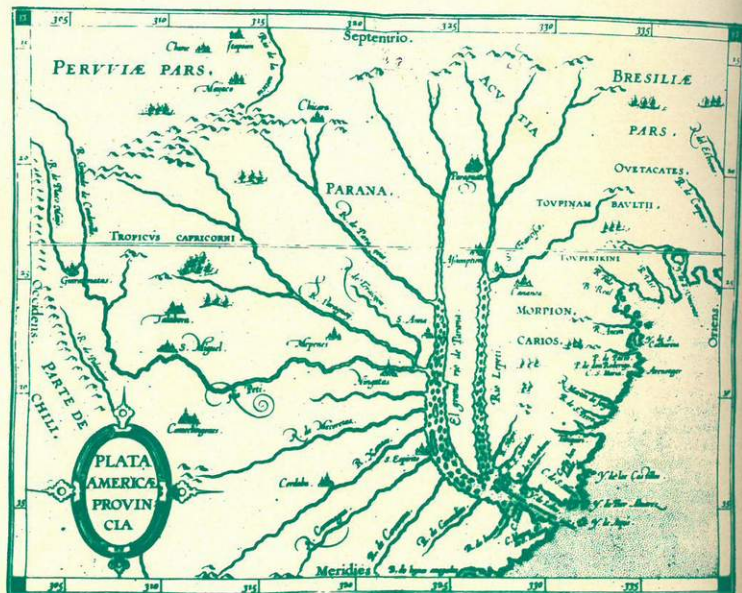
CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 5:

EPOCA COLONIAL: LA ILUSTRACION Y EL SEUDOCLASICISMO

- LA OBRA CULTURAL DE LOS JESUITAS
- LA CORTE VIRREINAL
- JUAN BALTASAR MACIEL
- MANUEL JOSE DE LAVARDEN
- LAS INVASIONES INGLESAS
- DE LOS AUSTRIAS A LOS BORBONES
- EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES

y junto con el fascículo, el libro LA LITERATURA VIRREINAL (selección de textos del período virreinal).



Literatura Colonial

Del Renacimiento al Barroco

La historia de la literatura de los países americanos, y por lo tanto la de la Argentina, posee características especiales que la diferencian en un hecho fundamental de las literaturas europeas. En Alemania, Inglaterra, Francia o España, estas literaturas acompañan con su desarrollo, como sucede en América, al desarrollo de las nacionalidades. Pero, a diferencia de las literaturas americanas, lo hacen también y simultáneamente junto con el nacimiento, crecimiento y madurez de sus propios idiomas. Así, la literatura española nace y se desarrolla simultáneamente con el nacimiento y proceso de su propio idioma, el español. Y lo mismo ocurre con la inglesa, la francesa, la alemana o la de cualquier otro país europeo, sin que puedan excluirse siquiera de esta regla países orientales como China o Japón. En nuestro continente, en cambio, el idioma español, en un momento elevado de su desarrollo, fue la lengua de los nuevos pueblos en formación, y se convirtió en el idioma nacional de éstos una vez liberados. Y, por lo tanto, en el de la literatura que estos pueblos han producido y producen. Lo mismo sucedió en América del Norte, donde el idioma que habría de ser expresión de su literatura fue el inglés, para los Estados Unidos, y este idioma, y en buena parte el francés, para el Canadá.

Esto significa que, en la época en que España conquista y coloniza nuestra tierra, la literatura que se produce en nuestro continente no sea en rigor otra cosa que una derivación, un aspecto, casi siempre menor y provinciano, de la española. Tal circunstancia ha llevado a muchos especialistas y estudiosos, especialmente en los últimos tiempos, a excluir de la literatura argentina propiamente dicha la etapa de la Colonia, con el argumento de que la literatura argentina solo puede llamarse tal cuando, una vez liberada de la metrópolis, asume conscientemente la misión de



Carlos I de España y V de Alemania

Renacimiento y Reforma

Cronológicamente, el Renacimiento designa el período histórico que va desde fines del siglo XIV hasta fines del siglo XVI (aun cuando pueden discernirse claros antecedentes en el siglo XIII, y precisas persistencias en el siglo XVII). Se inicia en Italia, donde logra sus más altas expresiones, y en seguida se expande por toda Europa. Lo infunden, esencialmente, un sentimiento y una voluntad de renovacin total de concepciones teóricas y modos de existencia. Postula como ideal el retorno a las formas y valores de la cultura clásica grecolatina —pagana— por juzgar que ésta correspondió a la más feliz realización del destino humano en la tierra. La actitud se proyecta sobre los campos filosófico, político, religioso y artístico. En el plano filosófico y político, sienta las bases del pensamiento moderno: el humanismo —que coloca al ser humano en el centro de las concepciones que le atañen como existiendo en este mundo—; el naturalismo —que juzga al hombre como un ser natural, y a las sociedades como productos humanos—; el historicismo —para el cual la historia constituye o envuelve la explicación de las cosas humanas, o dicho de otro modo, que la naturaleza de ésta está totalmente comprendida en su desenvolvimiento, y el valor de las mismas cifrado en sus orígenes. Al sentar esas bases, el Renacimiento puede ser definido como el período en que se pasa de la interpretación teológica medieval a una interpretación científica moderna de la realidad. Pero es en el plano del espíritu religioso, donde el Renacimiento implicará un hecho de específica transcendencia para la historia de la cultura americana: la Reforma. Esta se inicia originalmente fuera de Italia, y en seguida se extiende por toda Europa como las demás expresiones del Renacimiento. La Reforma ataca de frente el orden de todas las concepciones de “la tradición”

medieval en materia religiosa, y propugna en este ámbito el retorno directo a las fuentes evangélicas. Postula en consecuencia: la reducción de los sacramentos a tres, el bautismo, la penitencia, la eucaristía; la justificación y salvación del individuo por la fe, sin necesidad de intercesión institucional o profesional (de la Iglesia); la facultad de libre examen de los textos sagrados a la luz de los dictados de la conciencia individual guiada por la razón natural. El espíritu del Renacimiento cunde en España lentamente para alcanzar su plenitud desde el primer tercio del siglo XVI con rasgos muy propios que le presta la poderosa personalidad histórica de ese pueblo. El gobierno político de España ha pasado de manos de los Reyes Católicos, a quienes había cabido el honor y la gloria del Descubrimiento de América, a manos de la casa de Austria, a la que cabrá el honor, la gloria y el provecho de convertir a España en el mayor imperio de su tiempo, el imperio en cuyos horizontes "jamás se pone el sol", y de acometer y consumir la mayor empresa de conquista y colonización que registra la historia humana: la conquista y colonización de América. La ingente parábola abarca casi todo el siglo XVI y gran parte del siglo XVII, y coincide con un estupendo florecimiento de las letras y las artes dentro del territorio nacional, que permite designar aquella etapa con el nombre de Siglo de Oro español. El Siglo de Oro otorga a la historia de la cultura universal las mayores medidas que ha podido alcanzar hasta el presente el genio hispano, en personalidades singulares, en profundidad y abundancia creadora, en perfecciones del idioma.



Felipe II

expresar los propios ideales y anhelos de tipo nacional.

Sin embargo, subsiste el hecho de que este fenómeno —el tránsito de una literatura colonial española a una argentina con vistas a asumir una fisonomía propia— no se produce de golpe, ni por arte de magia, ni por el individual y deliberado propósito de alguna personalidad genial. Sino que, al contrario, es la resultante de un proceso de diferenciación —que por supuesto incluye el lingüístico— que será justamente el que la conduzca a una emancipación de la literatura de la madre patria. Y como además el idioma de que se vale no dejará de ser a su vez, por sutiles y múltiples que sean sus diferenciaciones, el idioma de España, es imposible comprender en su conjunto nuestra literatura si no se estudia también su pasado colonial y español, durante el cual, precisamente, se van instalando en nuestra área cultural los géneros literarios que son propios de España y de Europa.

Los orígenes. — Podemos decir, pues, que los orígenes de la literatura argentina se remontan a aquellos momentos en que, como una rama de la literatura española, empiezan a desarrollarse en estas tierras los distintos géneros literarios. Debe comprenderse a este respecto un hecho importante: estos géneros, que han madurado en España nada menos que en su Siglo de Oro, no seguirán entre nosotros con su misma madurez y excelencia, sino que, en cierto modo, tendrán que volver a nacer de nuevo. Esto, porque en literatura los géneros y las formas no se usan abstractamente, como una herramienta ya dada de una vez por todas; por el contrario, cada creador debe reasumirlos, por decirlo así, de suerte que se adapten a los nuevos contenidos que su país quiere desarrollar.

Ya se ha hablado de esto en la In-

roducción. También a la circunstancia que hace de toda la Colonia y el primer siglo de nuestra independencia, un solo período en realidad, pues en él, bajo el signo común de una literatura de acento preferentemente épico que responde a grandes ideales colectivos —primero españoles, después argentinos—, se produce este desarrollo de los géneros hasta manifestarse, hacia 1880, en un estado de inicial madurez. Sólo entonces contamos con una lírica, una dramática, una narrativa y una prosa organizadas ya en sus actitudes específicas. Nos corresponde ahora ver cómo y bajo qué características fundamentales se inicia en la Argentina este proceso.

Desde un punto de vista cultural, tanto el descubrimiento de América como la Conquista y la Colonización son hechos que corresponden al Renacimiento español. Este movimiento, que en la península fue solo una faz del Renacimiento europeo, está estrechamente unido a otro de tipo religioso: la Reforma. Sería imposible comprender las primeras manifestaciones literarias que se producen en América, si no se tuviesen en cuenta esos dos factores. Lo mismo sucede, naturalmente, con el Río de la Plata. Renacimiento y Reforma son los signos culturales bajo cuyo influjo se desarrollará este primer momento de nuestra literatura colonial, a través de todo el siglo XVI. Así como Barroco y Contrarreforma presidirán las formas literarias del siglo XVII y parte del XVIII, siguiendo puntualmente el ritmo de las influencias que se van sucediendo en España. En lugar aparte, se dan las características esenciales de estos movimientos. Corresponde ahora aproximarse a las primeras producciones literarias que constituyen los antecedentes españoles de la literatura argentina. Todas ellas están incluidas en el período de la Conquista y Colonización del Río de la Plata, y se inspiran en sus hazañas, sus tragedias, y sus ideales.



Pedro de Mendoza

Algunos eruditos han afirmado que las letras coloniales no forman parte de la literatura argentina propiamente dicha, sino que son un apéndice de la española. Sin embargo, parece evidente que la conquista de un idioma y de una temática singulares no es repentina. Se trata, más bien, de un largo proceso de formación, en el cual la época colonial tiene un importante papel.



Puerto Deseado, Santa Cruz (grabado de 1578)

El primer poema: Luis de Miranda. — Precisamente, el primer acto de la conquista española en el Río de la Plata quedó documentado en una pieza poética. La fundación de Buenos Aires por el adelantado Pedro de Mendoza en 1536, dio tema a esta pieza que se convierte así en el primer poema escrito en nuestras tierras, y por lo tanto en el primer antecedente de nuestro pasado literario hispánico. Se trata de una breve composición en verso, que suele designarse hoy con el título de *Romance Elegíaco*, y de la cual es autor el soldado y clérigo Luis de Miranda.

Español de origen, Miranda había sido soldado del emperador Carlos V en la guerra de Italia, hacia 1527. Poco después ingresa en la carrera eclesiástica, y forma parte en carácter de clérigo de la expedición del adelantado Pedro de Mendoza al Río de la Plata. Tendría entonces más de treinta años. Asiste con las fuerzas de Mendoza a la primera fundación de Buenos Aires, en 1536, y permanece en este lugar cuando el Adelantado regresa a España, en cuyo viaje muere minado por la enfermedad y las terribles penurias sufridas. Miranda participa, pues, de los sucesos trágicos que acompañaron esta primera fundación de Buenos Aires: el hambre, el asedio continuo de los indios, las atrocidades que otro cronista de la época, el alemán Ulrico Schmidel, dejó relatadas en una crónica que será estudiada a su turno. Miranda permanece en este trágico poblado hasta 1540, en que sus habitantes resuelven incendiarlo y abandonarlo. Es uno de los hombres que se opone a esta medida, pero la fuerza de los hechos le obliga a acatar esta decisión y a partir, con los demás miembros de la expedición, hacia el Norte. En 1541 se encuentra en Asunción, donde, a la llegada del segundo Adelantado, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, es designado capellán. Cabeza de Vaca encuentra resistencia entre los primitivos pobladores, quienes tra-

man contra él una conjuración capitaneada por los partidarios de Domingo de Irala. Son en realidad los llamados "Oficiales Reales", o también los "tumultuarios" o "los comuneros", y representan a los antiguos pobladores, los conquistadores de la primera época, que se sienten con derechos de prioridad y se resisten a ser desplazados por los recién venidos. Miranda se pone de parte de Cabeza de Vaca. Triunfante Irala y encarcelado Cabeza de Vaca, Miranda es despojado de su capellanía y encerrado él también en la prisión, donde pasa algún tiempo. Es probable, aunque no seguro, que años después regresara a España, en donde debió de haberle sorprendido la muerte en 1572.

Ningún documento de la época lo recuerda como poeta. En cambio, es mencionado en su condición de clérigo y de "leal" a Cabeza de Vaca. El propio adelantado, en su memorial presentado ante el Consejo de Indias, recuerda a Miranda tal como lo haría su secretario, Pero Hernández, redactor de las memorias de su jefe. Del mismo modo proceden Martín del Barco Centenera y Ruy Díaz de Guzmán, los autores del poema *La Argentina* y de la crónica *La Argentina Manuscrita*, respectivamente, que constituyen dos piezas importantes de este período, y que serán estudiadas más adelante. En ambas obras se menciona a Miranda como clérigo, pero no como poeta. Sin embargo, será en esta condición como la posteridad rescatará su nombre, para incluirlo en la historia de nuestra literatura en calidad de precursor del género poético en el Río de la Plata, debido precisamente al ya citado *Romance Elegíaco*, su única obra literaria conocida.

Se cree que fue escrita hacia 1546, cuando Miranda residía aún en Asunción. El recuerdo de los horrores vividos, ennegrecidos más aún, sin duda, por los sucesos posteriores, infunde en el ánimo del poeta la cer-

Síguese el Romance q' V. S. Ill^{ma} me pidió y mando que le diese el q' compuso Luis de miranda clérigo en ay^{da} terra

[Texto paleográfico]

— Año de mill y quí's
que de veinte se dezía,
quando fue la gran porfia
en Castilla
5 sin quedar ciudad ni uilla
q' a todas inficione
Por los malos digo yo
comuneros
q' los buenos caualleros
10 quedaron tan señalados
alidados y acendrados
como el oro.
Semejante al mal q' lloro
qual fue la comunidad
15 — Tuvinos otra en verdad
subsecuente
en Las Partes del poniente
en el Río de la Plata
conquista la mas ingrata
20 a su señor
desleal y sin temor

Página del "Romance" de Miranda

El autor del primer poema escrito en el Río de la Plata, Luis de Miranda, fue capellán del segundo Adelantado, Alvar Núñez Cabeza de Vaca. No es un caso aislado: todos los cronistas o poetas de ese período desempeñaron cargos oficiales más o menos importantes, y vivieron con intensidad la etapa de la Conquista.



Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

tidumbre de que la empresa conquistadora del Río de la Plata transcurre presidida por un signo funesto. Tal impresión es traducida en el *Romance* mediante el recurso de alegorías a la manera renacentista, en este caso de sentido directo y algo ingenuo. Miranda presenta aquí a nuestra tierra (y a la empresa de la conquista) bajo la imagen de una mujer fatal, en cuyos brazos seis varones esforzados encontraron ya la muerte, desleal esposa o manceba voluble, viuda temible, al fin, que solo "un marido sabio, fuerte y atrevido" podría dominar. Por supuesto, el tal "marido" debía ser un conquistador que supiera retener la ciudad. Debieron pasar cuarenta años para que apareciera este conquistador, en la figura de Juan de Garay.

Pese a llamarse "*Romance*", el poema del padre Miranda no se ajusta a la forma típica del género. Está escrito en cuartetos octosílabos de pie quebrado, manera que solía gozar de las preferencias de los trovadores medievales, y que Jorge Manrique, en la famosa elegía a la muerte de su padre, había llevado poco antes a su máximo prestigio. Puede suponerse que Miranda adoptó esta estructura para su *Romance*, debido a que vio en ella una forma adecuada a la intención elegíaca que imprimió a sus versos. En cuanto a los versos en sí, son de escaso valor poético. Más que una elegía el poema es una crónica rimada de un versificador aficionado. Todo lo cual no impide que el *Romance Elegíaco* merezca un sitio señalado en la prehistoria de nuestra literatura, debido no solo al lugar que le corresponde cronológicamente, dado por su casi simultaneidad con la primera fundación de Buenos Aires, sino a estos tres motivos esenciales: a) porque el tema atañe, por primera vez, a la región del Plata, y porque fue escrito en estas mismas tierras. b) porque si bien el tema era histórico, se eligió el verso y el tono elegíaco para evocarlo.

c) porque la figura alegórica que muestra a nuestra tierra como a una mujer seductora pero peligrosa, inaugura una imagen que será más adelante repetida con frecuencia en la lírica rioplatense.

Pero Hernández: la primera crónica rioplatense. — Muy poco después de este primer testimonio literario rioplatense de Miranda, la conquista de esta parte de América contaría con su primera crónica. Su autor es un amanuense, el secretario traído por Alvar Núñez Cabeza de Vaca, segundo Adelantado del Río de la Plata y sucesor, por lo tanto, de Pedro de Mendoza. La circunstancia de que la literatura colonial sea en rigor la obra de escribientes debe tenerse en cuenta para comprender el débil nacimiento de la literatura rioplatense. No otra cosa que un escribiente era este secretario llamado Pero Hernández, andaluz de poco menos de treinta años de edad en la época de su llegada al Plata con Cabeza de Vaca. De regreso en España, redacta en 1554 una narración del viaje y de lo acontecido en América durante los dos años que duró el adelantado de su jefe. Con el título de *Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, obra publicada en Valladolid en la imprenta de Francisco Fernández de Córdoba, en 1555, su narración pasa a agregarse a los célebres *Naufragios* en que el propio Cabeza de Vaca había relatado la trágica expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida.

Es muy probable que Pero Hernández haya titulado "*Comentarios*" a su obra, siguiendo el ejemplo de los clásicos latinos. En ella, adelanta al lector que su crónica será no solamente el testimonio de los hechos ocurridos en América, sino también lo que éstos significaron desde el punto de vista de su propio juicio y opinión. Juicio que no podía dejar de ser parcial, pues los *Comentarios* aluden al conflicto planteado por viejos pobladores

capitaneados por Irala al Adelantado, del cual Pero Hernández era un apasionado defensor. Comparte con Miranda la adhesión a Cabeza de Vaca, y como Miranda, es enviado a España junto con su jefe. En el fondo, escribe una defensa y un panegírico del Adelantado. Pero si esta parcialidad puede debilitar el valor histórico de su obra, en cambio no afecta para nada su valor literario, ya de por sí mínimo, al que en todo caso, y por el contrario, favorece. Pues la pasión sirve a menudo para enriquecer la expresión formal.

Los **Comentarios** no mencionan exclusivamente los sucesos políticos que presencié o que le fueron contados. Incluyen observaciones de ambiente, descripciones de cosas vistas, que en su faz literaria constituyen, en realidad, las primeras expresiones narrativas, si bien aisladas y fragmentarias, de la prosa rioplatense. Resulta, por lo tanto, excesivo desechar en bloque la prosa de Hernández tildándola de "notarial", como han hecho algunos historiadores de nuestra literatura.

Los cronistas viajeros. — Durante el siglo XVI, los escasos testimonios escritos de la vida y la historia del Río de la Plata se completan con las obras dejadas por viajeros que de un modo o de otro recorrieron estas tierras. Uno de ellos, soldado también, como Miranda, de la expedición de don Pedro de Mendoza, escribió una obra de extensa denominación que se conoce hoy con el título abreviado de **Viaje al Río de la Plata**.

Su autor, Ulrico Schmidel, era uno de los voluntarios de nacionalidad alemana que se embarcaron en la expedición de Mendoza. De regreso en su patria, escribió en su idioma natal esta crónica que es la primera narración conocida sobre los hechos tremendos de aquella desdichada empresa. De ahí que los historiadores llamen a Schmidel "el primer cronista del Río de la Plata", prioridad que le corresponde cronológicamente, pues



Edición de los "Comentarios" de Pero Hernández

La tierra "desencantada"

La hazaña española de la conquista no se realiza en nuestro continente al mismo tiempo ni tiene en todas partes la misma magnitud épica. Por ejemplo, en el Río de la Plata se inicia cuando ya se había consumado la conquista del Perú, y, lo que es particularmente grave, buscando otro camino para alcanzar el mismo objetivo que ya se había logrado en aquella: es decir, el logro de fabulosas riquezas. Finalidad que implicaba, en cierto modo, un empeño tardío cuya inutilidad no tardará en ponerse en evidencia. En cuanto a la magnitud épica de la empresa española, ésta se vio determinada por la talla del enemigo que debió enfrentar. Enemigo que únicamente en Perú y México consistió en "imperios", política, militar y culturalmente organizados, que en algunos aspectos no eran nada inferiores al propio conquistador. En el resto del continente, en cambio, afrontaron a un enemigo débil. Así ocurrió en estas tierras, donde el invasor tropezó no con imperios sino con masas semibárbaras y dispersas, en estado todavía tribal, cuya capacidad bélica poco podía contribuir a los relieves épicos de la empresa. Aunque bastaron, por cierto, para poner a prueba el coraje de quienes se atrevían a desafiar poco menos que a ciegas un destino incierto. La primera expedición del Adelantado don Pedro de Mendoza, fundador del Puerto de Santa María del Buen Ayre en 1536, había resultado al fin un verdadero fracaso. Enfermo, derrotado, regresa a su patria dejando su precaria fundación en manos de sus compañeros de armas quienes muy pronto juzgan que no vale la pena sostenerla y la abandonan para seguir viaje al Norte, tras el ilusorio señuelo de las Sierras de Plata, fabulosa riqueza que la leyenda atribuía a estas tierras y cuyo sueño era en buena parte el mismo sueño de la conquista. Las expediciones siguientes, del segundo

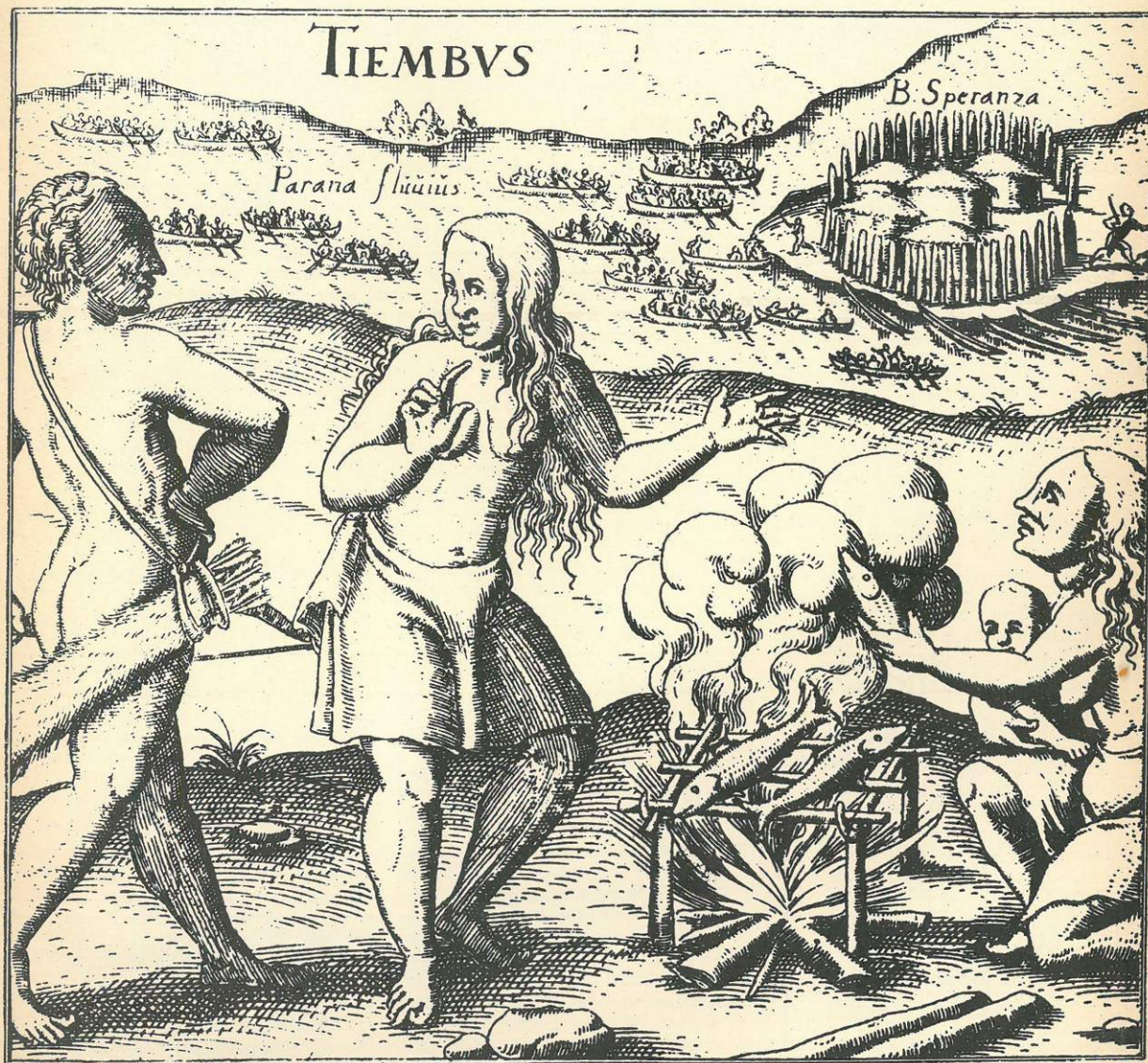
Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca y del tercer Adelantado Ortiz de Zárate, avanzan hacia este rumbo de riquezas soñadas, sin arrojar, en todo un cuarto de siglo, un saldo más favorable que la primera. Se empezó a comprender ya que el provecho posible de la empresa no alcanzaría jamás a compensar los sacrificios y esfuerzos que demandaba. Esas riquezas se mostraban ya como un engaño, una especie de encantamiento que había hecho del conquistador una crédula víctima. Sin embargo, la empresa puede y debe continuar con nuevos fines, apartándola de una vez por todas de aquel mito falaz que había guiado a ciegas las primeras tentativas. Lo dice con clarividente precisión el conquistador Nufrio de Chávez, hombre sin duda que no solo estaba persuadido de que la quimera de "la plata" no era más que una quimera, sino que además era altamente peligrosa. "Aunque no se siguiese otro interés —dice Nufrio de Chávez— más que el de desencantar la tierra, era (este propósito) de gran servicio de su majestad, pues de este bien resultaría cuando menos que otros no se perdiesen y cesaría esta demanda." "Desencantar" la tierra. Despojarla de esa fabulosa ilusión que justamente había dado su nombre a las tierras y el río de Solís. A partir de aquí, la empresa española en esta parte de América cambiará de sentido. Y ya desde las primeras obras que se escriben en este suelo, desde aquel Romance Elegíaco de Miranda hasta La Argentina de Centenera y de Guzmán, la literatura dará testimonio de esta ilusión y este desencanto.



Ulrico Schmidel

su libro, publicado en 1567 en alemán y muy pronto traducido al latín y después al castellano y otros idiomas, sólo podía tener como precedentes el poema de Miranda y los *Comentarios* de Pero Hernández, cuyo asunto, por otra parte, está centrado en Asunción.

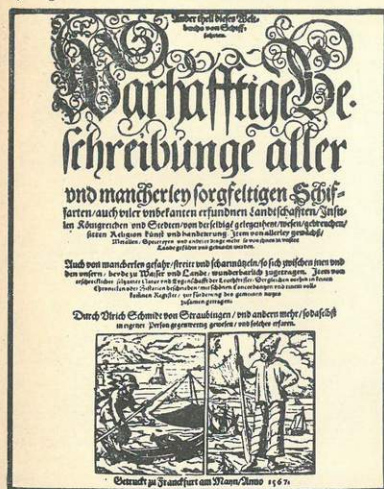
Ulrico Schmidel estaba lejos de ser un historiador y menos aún un escritor. La investigación histórica ha verificado o rectificado, según los casos, sus referencias geográficas o etnográficas, así como los episodios que narra, casi siempre exagerados con el fin de magnificar la propia hazaña. La obra constituye en realidad una ingenua, directa y escueta narración de hechos acontecidos dos décadas antes, en un escenario remoto. Abarcan los veinte años que el soldado cronista pasó en estas tierras, así que en cierto modo su asunto no es otra cosa que una autobiografía. Comienza narrando las vicisitudes de la primera fundación de Buenos Aires, su actuación en el poblado sitiado a sangre y fuego por los indios, la hambruna terrible sufrida entonces por los expedicionarios y que dio por resultado atroces casos de antropofagia. En seguida pasa a narrar sus viajes por agua en busca de provisiones, las luchas contra los indios Carios, y la toma de Lambaré. Relata luego su participación personal en las luchas civiles del Paraguay, en las que toma partido por Irala, y su naufragio en San Gabriel, una incursión a la tierra de los indios Payaguás, y un hecho guerrero en la guerra de Tabaré, nombre este último que mucho tiempo después sería tomado por Zorrilla de San Martín para su conocido poema. Siguen así sus aventuras, entre las que descuellan su expedición con Hernando de Ribera al interior del continente en busca del fabuloso reino de las Amazonas, y su travesía del Chaco hasta el Perú, donde describe las tribus salvajes y sus costumbres más insólitas siempre con un lenguaje que revela una personalidad de tem-



Buena Esperanza (ilustración de una edición antigua del "Viaje" de Schmidel)

El título de la obra de Schmidel

La obra del viajero y soldado alemán Ulrich Schmidel, tenía originalmente un título formado por un largo párrafo, tal como se acostumbraba en la época, en que los libros solían llevar títulos analíticos que anticipaban la naturaleza y las intenciones de la obra. Verídica descripción de varias navegaciones, como también de muchas partes desconocidas, islas, reinos y ciudades —también de muchos peligros, peleas y escaramuzas entre ellos y los nuestros, tanto por tierra como por mar, ocurridos de una manera extraordinaria, así como de la naturaleza y costumbres horriblemente singulares de los antropófagos, que nunca han sido descritas en otras historias o crónicas, bien registradas o anotadas para utilidad pública, por Ulrich Schmidel de Straubín. Por cierto que el propio título constituía en este caso un cabal ejemplo del estilo literario del autor.



peramento algo rudo, crudamente sensual, y de una inteligencia totalmente desprovista de cultura literaria. Pero por la misma naturaleza de los hechos evocados —reales o imaginarios— no hay página que no atraiga poderosamente la atención del lector, quizás con más intensidad que la que habría sido propia de un texto específicamente literario. Este rasgo es común a este tipo de crónica. Poco después de estas fechas, un fraile español, que recorrió buena parte de estas tierras, dejaría a su vez una obra que constituye uno de los documentos más importantes de la época.

Fray Reginaldo de Lizárraga. — Se trata de una obra titulada: Descripción breve del reino del Perú, Río de la Plata y Chile, o Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile, conocida también con el título abreviado de Descripción de las Indias. Su autor, el fraile Reginaldo de Lizárraga, había nacido en España hacia 1545, según el propio Lizárraga en Medellín, y a los quince años ingresó en la orden de Santo Domingo cambiando su nombre verdadero de Baltasar de Ovando por el que ha pasado a la posteridad. Su biografía —que puede entrecerse nitidamente a través de su obra— lo presenta viajando todavía joven a América, recorriendo gran parte del Virreinato del Perú, luego las provincias del Río de la Plata —entonces dependientes de Lima y destinadas a convertirse más tarde en Virreinato del Río de la Plata— y la capitania general de Chile. Estos viajes, sin duda efectuados como visitador de los conventos dominicos, se van cumpliendo a medida que el fraile Lizárraga realiza a su vez una brillante carrera eclesiástica que, no sin serios inconvenientes, lo encumbrarán al obispado del Río de la Plata. Aunque su muerte, acaecida según Ricardo Rojas en Asunción en

1615, pero más probablemente en Buenos Aires hacia 1609, le impedirá asumirlo en propiedad.

Sus viajes a través de pampas, selvas y montañas, los realizó ya a pie, a caballo o en mula, cuando era preciso, o en su mayor parte en carreta tirada por bueyes. Nunca, al revés de otros clérigos, acompañando expediciones de conquista o sometido a jefaturas de tipo político o militar. Esto le permitió juzgar y observar con toda libertad las cosas que veía, o los sucesos y personas que le tocó conocer. Pudo así adentrarse más que otros cronistas en los aspectos importantes de la realidad social de su momento. Tanto, que en realidad es el primero, en América, en denunciar dos hechos de suma trascendencia: 1º: la degradación moral del indio por causa de la conquista; 2º: el descenso general de las aptitudes éticas y prácticas en los descendientes del conquistador.

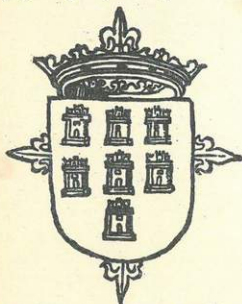
Por otra parte, el padre Lizárraga se revela en su obra principal —se le atribuyen también tratados teológicos que se habrían extraviado— como narrador aménisimo, de lenguaje sobrio y preciso, y dotado de un certero sentido de la anécdota o el rasgo significativo. Casi no hay una sola página de este cronista que no despierte aún hoy, a cuatro siglos de distancia, un vivo interés en el lector.

El poema La Argentina. — Algunos años antes de que el padre Lizárraga muriese en América se publicaba en Lisboa, exactamente en 1602, un extenso poema titulado: Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaescimientos de los Reynos del Perú, Tucumán y estado del Brasil. Su autor, el arcedianio Martín del Barco Centenera, nació en España, hacia 1545 (Ricardo Rojas da como fecha de nacimiento 1535), y llegó al Río de la Plata con la expedición del tercer Adelantado, don Juan Ortiz de Zárate, en 1572. Tenía, pues, menos

ARGENTINA Y CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA, CON OTROS ACAE-

cimientos de los Reynos del Peru, Tucuman, y es-
tado del Brasil, por el Arcediano don Martin del
Barco Centenera.

Dirigida a don Cristóbal de Mera, Marques de Castel Re-
drigo, Virrey, Gobernador, y Capitan general de Porcu-
gel, por el Rey Philipo III. nuestro Señor.



Con licencia, En Lisboa, Por Pedro Crasbeck, 1608

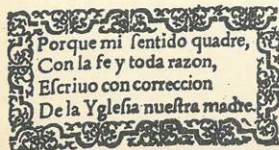
Primera edición y página final de la
"Argentina" de Barco Centenera

CANTO XXVIII.

230

Aquí quiero dexallo prometiendo
En otra parte cosas muy gustosas,
Que estoy en mi vejez yo componiendo,
Del Argentino Reyno hazañosas
Batallas, que el Dios Marte va texendo,
Conquistas y noticias espantosas,
Lo que he dicho y dixere en mi scriptura,
Submitto al Santo Officio y su censura.

Gloria a Dios.



de treinta años entonces. Permanecerá veinte en la región. A su llegada pudo comprobar hasta qué punto era ya irreductible el conflicto entre los "viejos pobladores" y los recién venidos, y entre los españoles y los "mancebos de la tierra". Coherentemente con su condición de recién llegado, Centenera toma partido contra los viejos pobladores. Designado comisario del Santo Oficio, alcanza altas dignidades en la jerarquía eclesiástica. Ambicioso y áspero en su conducta política, resulta también vulnerable por su conducta privada, pues no tarda en conquistar fama de mujeriego y afecto a la bebida. Todo esto hace que se le destituya de su cargo en el Santo Oficio, luego de lo cual se radica por temporadas en Asunción o bien en otras ciudades del virreinato. Se cree que comenzó a escribir su poema hacia 1580, y que lo concluyó en España, luego de su regreso a la península, en 1593. Sin embargo, hay testimonios de que en este año se encontraba aún en Buenos Aires, pues en esa fecha solicita al Cabildo de esta ciudad que se levante una información sobre sus servicios prestados en la región del Plata. Si no regresó a la península ese mismo año, debió hacerlo al siguiente, pues existe una gestión suya de retiro para su vejez, efectuada en España en 1594.

Se da por descontado que la idea de llamar Argentina a la empresa de la conquista del Río de la Plata debió surgir en la mente del arcediano por imitación de Ercilla, quien había titulado *La Araucana* a su famoso poema, conocido sin duda por Centenera. El término "argentina" procedía culteranamente, como lo exigía el gusto del naciente barroco español, del latín *argentum*, que significa plata. Se hacía, de este modo, alusión a las supuestas riquezas que los conquistadores buscaron en las montañas y arenas fluviales de esta región, hecho que está expresado sin



Alonso de Ercilla

Los conflictos de clases y de generaciones originados en la colonia —entre los “primeros pobladores” y los que llegaron más tarde; luego, entre los españoles y los nativos de estas tierras— se reflejaron, con vigor indudable, en la literatura de aquella época.

Rasgos de la Colonia

Las primeras obras inspiradas en los temas de la conquista española en el Río de la Plata fueron escritas cuando prácticamente había concluido esta conquista, y se iniciaba la etapa de la colonización. Mientras tanto, se habían producido nuevos hechos que contribuían a dar contornos muy particulares a la empresa española en estas tierras. Derivaban en primer término de las circunstancias siguientes: que mientras la corriente conquistadora rioplatense se empeñaba en avanzar hacia el Norte guiada por la meta ideal de las “sierras de la Plata”, la corriente conquistadora peruana, que ya había alcanzado el tesoro de los incas, se mostraba empuñada en descender hacia el sur, en busca de una salida al Atlántico. Y, curiosamente, esta salida se situaba en el mismo lugar donde don Pedro de Mendoza había fundado muchos años antes el “puerto” que la corriente rioplatense había abandonado a partir en pos de la quimera de la plata...

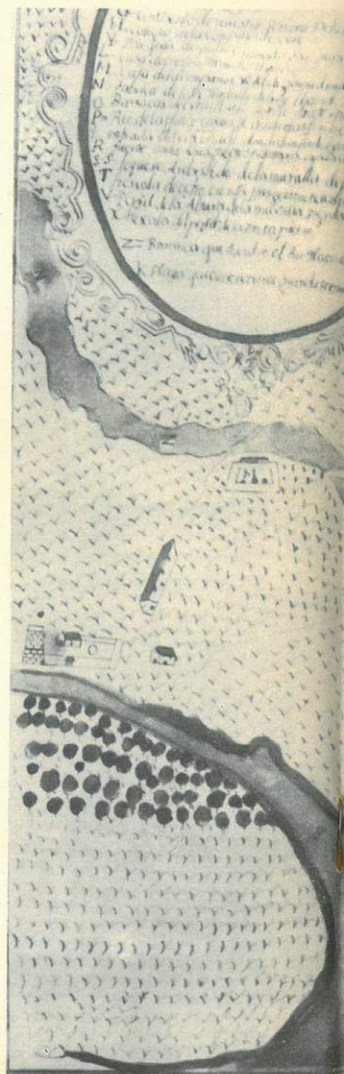
Solo en 1580, cuarenta años después de la despoblación del puerto del Buen Ayre, don Juan de Garay, uno de los paladines de la primera hora de la expedición rioplatense, recobraría para ésta la gloria y el honor definitivos de la refundación de Buenos Aires. Cortando a la vez de este modo el paso a los designios de la corriente peruana que anhelaba para ella ese mismo honor y esa misma gloria.

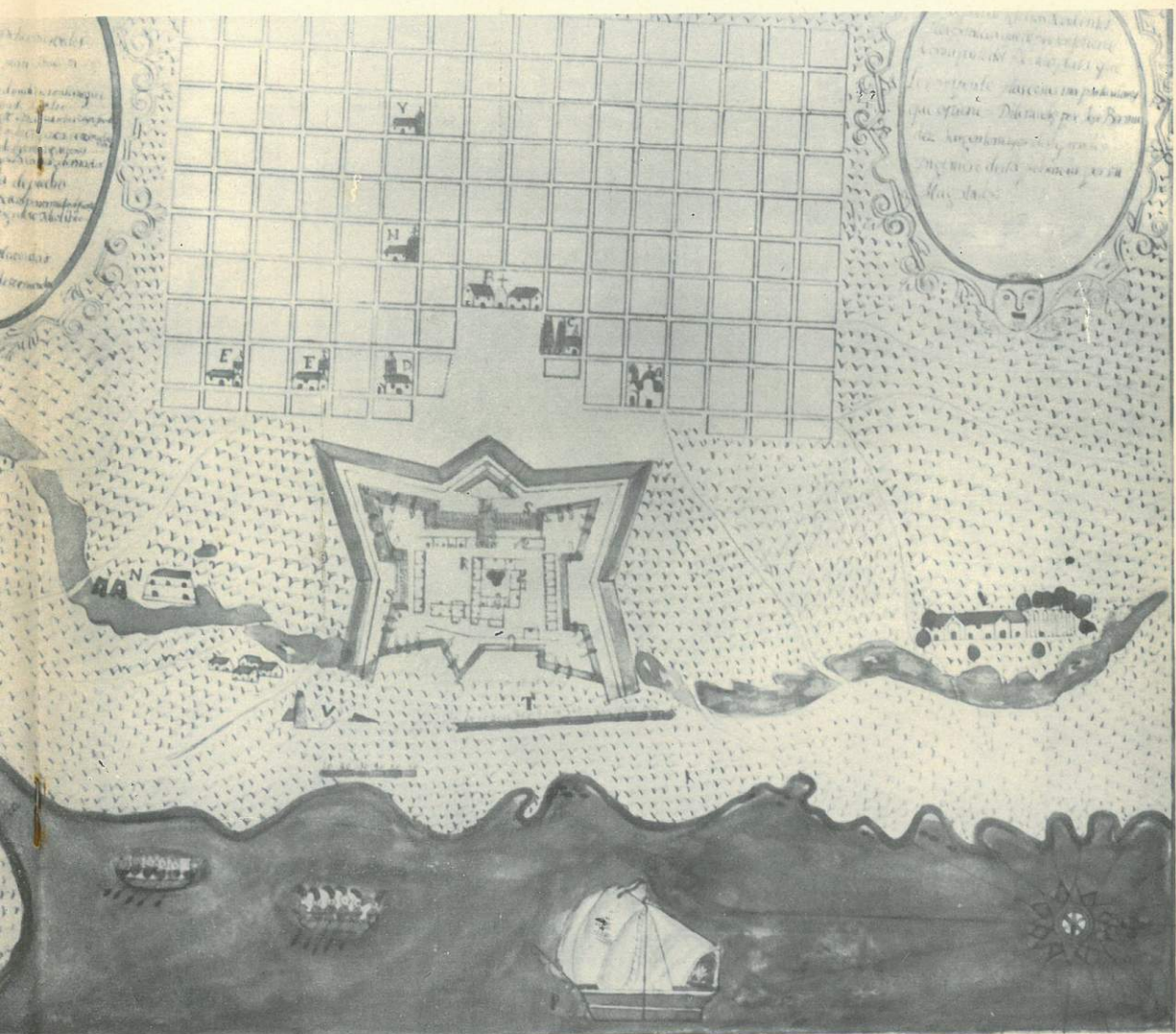
Otro hecho nuevo, sobrevenido en el curso de ese extenso lapso, era acaso más arduo. Se suscitan dos enfrentamientos internos, por decirlo así, en el seno de la clase conquistadora. Son los siguientes:

1. — El antagonismo entre los “antiguos pobladores”, como se llama a los sobrevivientes de la expedición de Mendoza llegados en 1535, y los “nuevos”, como se llama a los llegados con las expediciones de Alvar Núñez (1542) y Ortiz de Zárate (1572). Los primeros, defienden sus posiciones ante los recién llegados, a quienes tienden a ver como gratuitos usufructuarios de la conquista duramente logrado por ellos.

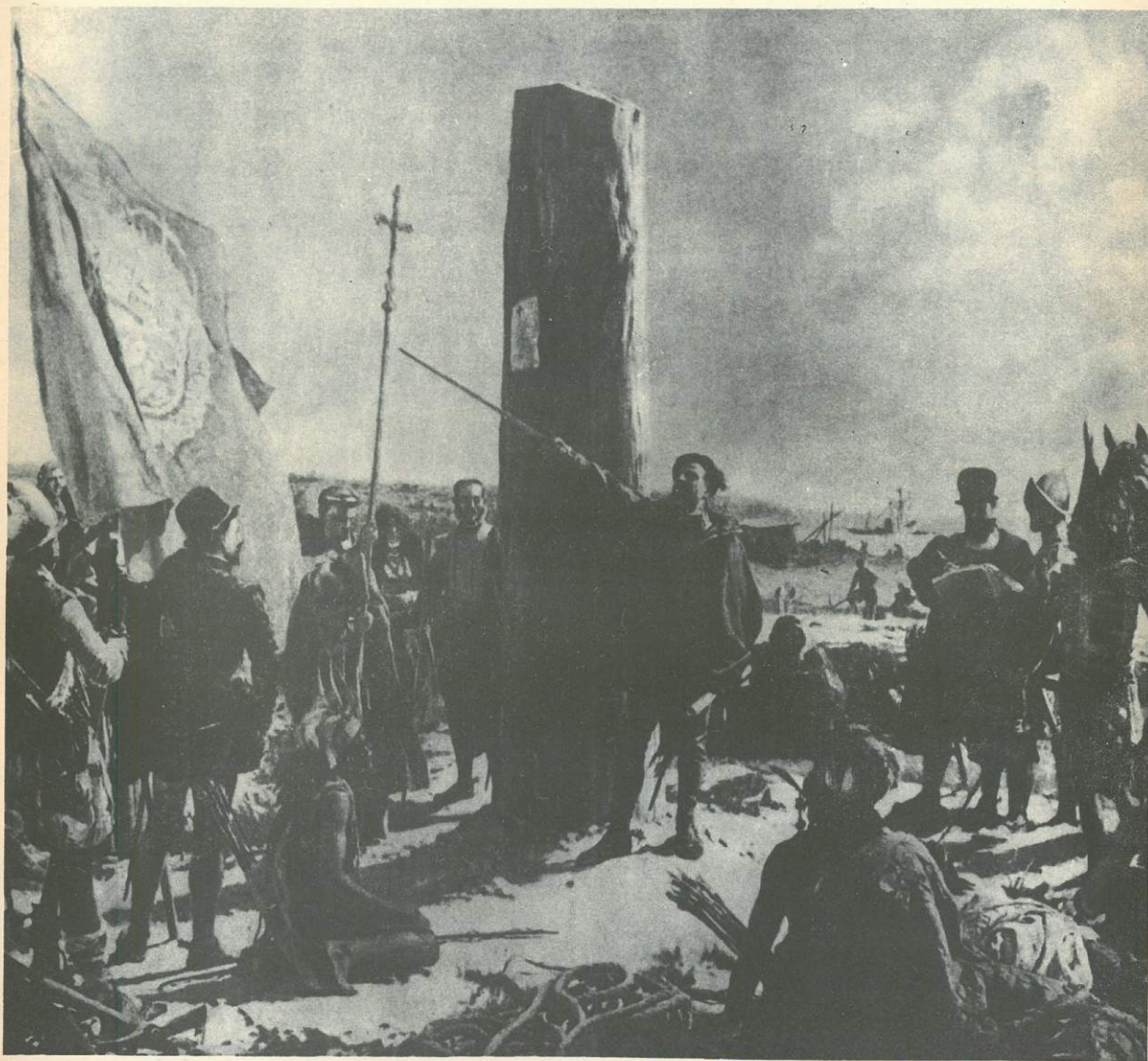
2. — El de una clase nativa, criollos o mestizos, hijos, en primera generación, de los conquistadores. A estos criollos se les llama “mancebos de la tierra”, y empiezan ya a erguirse ante sus progenitores con ínfulas y pretensiones propias. Sin embargo, esta nueva clase se mostrará en general más enemiga de los “nuevos” que de los “antiguos”, y a la vez más próxima y accesible a las masas indígenas. Lo primero, porque los antiguos pobladores son en realidad sus padres, legítimos o ilegítimos; y lo segundo, porque las madres de muchos de ellos son precisamente indias.

Sobre estos ejes girará la política colonial y sus luchas internas durante mucho tiempo. Y estas luchas se verán reflejadas en la literatura de la época, escrita primero por españoles miembros de aquellas clases de antiguos o nuevos pobladores, luego por los mancebos de la tierra. Es verdad que estas obras, por su idioma y estilo, pertenecen de un modo típico a la literatura española. Pero también es verdad que ya llevan en sí, en cuanto se refieren no solo a los hechos ocurridos en esta parte de América sino a las modificaciones particulares que esta realidad les impone, elementos que podemos llamar “auténticos” y que los vinculan directamente con la historia de la literatura americana.





La obra de los cronistas viajeros consigue atraer la atención del lector, no precisamente por la calidad literaria de los textos —muchas veces primitiva—, sino por el interés histórico de los episodios que evocan y la vivacidad y frescura con que penetran las costumbres y el paisaje de una tierra desconocida.



Segunda fundación de Buenos Aires por Juan de Garay

lugar a dudas en una de las primeras estrofas de su poema:

*y aunque usó este nombre por respeto
quien vido cierta plata allí primero,
yo entiendo que ha de haber grande tesoro
algún tiempo de plata allí, y de oro.*

Curiosamente, Centenera debía pasar a la posteridad no por sus versos —que ya en el ejemplo dado revelan su mediocridad— sino por la utilización del término “argentina” que, con el tiempo, terminaría por dar nombre a nuestra nación. Pero incidentalmente, este mismo nombre, que de alguna manera parece un eco del criterio adoptado por Ercilla para titular su poema, encerraba ya una significación que revela claramente la diferente intención de cada poeta. Mientras La Araucana alude por sí mismo a la presencia de razas aborígenes, cuyo heroísmo será cantado justamente por el poeta para orgullo del conquistador, la Argentina sugiere de inmediato lo ilusorio de un señuelo ofrecido al conquistador en tierras que no son otra cosa que un tránsito hacia una vana meta, y en la cual viven tribus casi fantasmales por lo desorganizadas y dispersas en las soledades inmensas. Si La Araucana había sido el reflejo del momento culminante de los ideales épicos de conquista, La Argentina, en cambio, escrita y publicada unos decenios después (las tres partes de La Araucana se publicaron en 1569, 1578 y 1589, respectivamente, y la obra completa en 1592), aparece en un tránsito histórico muy singular, acaso único, en los anales del continente: cuando no sólo se había “desencantado” la tierra, esto es, desengañado el conquistador de sus ilusiones de riquezas metálicas, sino cuando había cundido en el ánimo general el sentimiento de que la empresa española en estas tierras había fracasado y estaba presidida por un signo aciago. La forma: El poema, compuesto por más de diez mil versos endecasílabos dispuestos en octavas reales y dividido en 28 “cantos”, refleja, sin

contar la utilización del mismo sistema métrico, evidentes influencias de La Araucana. Esto no significa necesariamente que el arcadiano haya pretendido emular con su mediocre poema la notable epopeya de Ercilla. Pero la presencia del modelo elegido se hace manifiesta a cada instante. Difiere, sin embargo, explícitamente, en sus pretensiones poéticas. Centenera llama “historia” a su poema, como si quisiera avalarlo en primer término ante el lector por la veracidad de los hechos que evoca, y que pertenecen a la órbita de los sucesos narrados por Schmidel, Miranda o Hernández. Parece difícil de entender el motivo por el cual Centenera elige la forma versificada para narrar acontecimientos que más bien corresponden a la prosa histórica. Y el lector queda asombrado ante la tenacidad, la ausencia de todo concepto poético, la total ineptitud lírica con que el arcadiano despliega su extenso poema, que a veces se evade de la veracidad propuesta y se desliza a lo fantástico, como sucede con la famosa estrofa donde relata el espanto de una doncella perseguida por un monstruo marino:

*Un pece de espantable compostura
del mar saltó reptando por el suelo;
subióse ella huyendo en una altura
con gritos que ponía allá en el cielo.
El pece la siguió; la sin ventura
temblando está de miedo con gran duelo;
el pece con los ojos la miraba,
y al parecer gemidos arrojaba.*

La calidad del lenguaje no excede casi nunca el nivel de este ejemplo, y más bien desciende con frecuencia a giros y pasajes de mal gusto, como aquellos versos en que se complace en juegos de palabras realmente triviales:

*En todo hallara bien si quisiera
A su “gusto” el lector “gusto” sabroso,
Y “gústelo” que más “gusto” tuviere
Y dexe lo sin “gusto” y “desgustoso”.*

Por lo demás, técnicamente el endecasílabo es por lo general defectuoso, o demasiado largo o demasiado corto,

Contrarreforma y Barroco

Al avanzar el siglo XVI, la Iglesia asume una actitud organizada ante los ataques de la Reforma. Es la Contrarreforma, que, a las prédicas de los reformistas contestó reafirmando la totalidad de los sacramentos y dogmas evangélicos —con especial insistencia sobre el de la imaculada concepción— profesados hasta entonces por la Iglesia; reivindicando para ésta la facultad de intercesión entre el alma humana y la divina potestad; mandando “organizar” la propagación de la fe. Los principios dogmáticos quedarían fijados definitivamente por el Concilio de Trento (1545-1563). Su proyección sobre la legislación americana se producirá sobre todo a través de la acción de Francisco de Vitoria, dominico español anti-reformista, pero admirador a la vez de Erasmo. Mientras tanto, con el triunfo de la Contrarreforma en Europa el Papado recobra el dominio espiritual en Italia; y entonces se verá de nuevo a esta nación, cuna del Renacimiento, convertida en foco de “iniciativas artísticas” que se impondrán prontamente sobre el resto de los países católicos de Europa, y a través de España sobre América. Trátase desde luego de mucho menos que aquella voluntad de volver al principio, de renacer, que había infundido el Renacimiento; simplemente de una nueva modalidad estilística agregada a los conceptos renacentistas, por lo que se la incluye en rango de expresión de una última etapa del Renacimiento, ya más bien extremada. Es el estilo Barroco, que ya se insinúa a comienzos del siglo XVII y se mantendrá hasta mediados del siguiente. Se le tiene por expresión esencial de la Contrarreforma, y lo cierto es que introduce en el campo del arte sagrado —arquitectura, pintura, iconografía— un nuevo aliento, y otorga a la historia universal obras de verdadera grandeza. Lo caracteriza la exuberancia y fastuosidad de la forma,

el gusto sensual del detalle y el adorno, el sentido "espectacular" de la estética. Trasladado a España, el barroco se enriquece notoriamente al contacto con el gótico y el islámico nacional. Y proyectado por España sobre el Nuevo Mundo, gana sin lugar a dudas nuevos estímulos y pretextos al influjo de una naturaleza ubérrima y virgen, del primitivismo indígena, etcétera. Las mayores expresiones del barroco americano fueron alcanzadas en la arquitectura eclesiástica mexicana. Con característica continencia, el estilo queda máximamente significado dentro de la región argentina en la catedral de Córdoba. En el campo de la literatura, el barroquismo se traducirá en un énfasis peculiar, en el gusto de la antítesis y de la imagen sorprendente, en profusión expresiva, en desborde retórico. El afán desembocará fatalmente en formas de particular afectación y rebuscamiento —el culteranismo y el conceptismo—, que marcan los extremos de la reacción contra las normas de llaneza y naturalidad profesadas como dogmas en la primera etapa del Renacimiento (clasicista).

y perjudicado con frecuencia por cacofonías, torpezas verbales y agobiosas enumeraciones totalmente desprovistas de expresividad poética. Queda, pues, este poema, como se ha dicho tantas veces, con un solo mérito central: el de haber acuñado el nombre que pasaría a designar a nuestro país. Pero una selección rigurosa de fragmentos que aluden a la conquista del Plata podría salvar siquiera por su valor pintoresco y su sabor de época algunos trozos que, bien ordenados, como lo sugiere Ricardo Rojas en su *Historia*, podrían justificar una edición destinada a vulgarizar el poema en el país que lleva su nombre.

Guzmán: el primer escritor criollo. — Hacia fines del siglo XVI y comienzos del XVII, la crónica rioplatense va a enriquecerse con una obra, quizás la más estimable de toda la prosa colonial, que será escrita por un hombre nacido en esta parte de América. Ruy Díaz de Guzmán, nacido en Asunción en el último tercio del siglo XVI, muere en su ciudad natal en 1629, al cabo de una existencia sumamente agitada. Activo participante de la empresa de la conquista, recorrió las principales provincias del Río de la Plata, el Tucumán y Cuyo; asistió a la fundación de la ciudad de Salta, y fundó él mismo la de Santiago de Jerez; promovió o apoyó el traslado estratégico de tropas; participó en campañas contra los indios; desempeñó funciones de Teniente de Gobernador; fue alcalde de Asunción, y vivió, en suma, intensamente, toda la épica aventura que fue la presencia de España en esta parte de América durante la segunda mitad del siglo XVI y comienzos del XVII. Dedicó los últimos años de su vida a escribir lo que él llama reiteradamente su "humilde y pequeño libro", "tan corto y humilde cuanto lo es mi entendimiento y bajo estilo", libro que permaneció sin publicarse durante más de dos

siglos, por cuya causa la posteridad lo designa con el título de *La Argentina Manuscrita*, ya que Guzmán tituló a su crónica con la misma palabra que Centenera había utilizado para su poema.

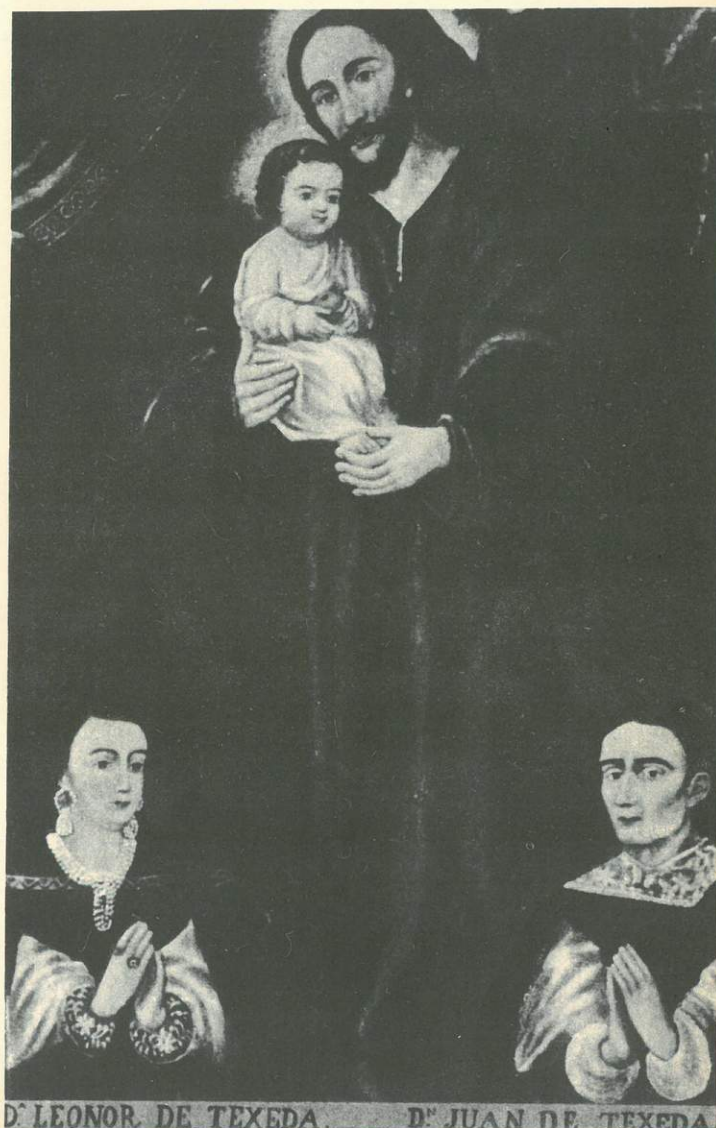
Por esta obra en la cual, según lo expresara él mismo, acometía "un intento tan ajeno a mi profesión, que es militar", como el de escribir "los anales del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata", Guzmán ha pasado a la historia como "el primer historiador criollo —en orden cronológico— del Río de la Plata".

No solamente era criollo, por su nacimiento en Asunción, sino mestizo, hijo legítimo del conquistador andaluz Alonso Riquelme (sobrino de Alvar Núñez Cabeza de Vaca), y de Ursula de Irala, hija del famoso Martínez de Irala y de una india paraguaya de cierta prosapia entre los de su raza. Esta condición suya de mestizo e historiador, suscita el recuerdo del autor de los *Comentarios reales*, el Inca Garcilaso, nacido también en América y de ascendencia indígena. Pero aquí concluye el parangón, pues ambas obras, monumental la del cuzqueño y sobria la del asunceño, no pueden ser comparadas, sin que esto implique desmedro para la de nuestro Guzmán, valiosa y perdurable en su propio plano. No se posee ninguna noticia de su formación intelectual, de sus maestros, ni de sus lecturas. No se encuentra en su obra ninguna mención erudita que pudiera orientar en este aspecto, el cual queda por lo tanto librado a la pura conjetura. Escribió su libro —según lo explica el propio autor en la dedicatoria a "su señor", el duque de Medinasidonia— "en medio de las vigiliass que se me ofrecieron al servicio de Su Majestad". Y con plena conciencia de que "el tratado es de cosas menores y falto de toda erudición y elegancia", "fruta primera de tierra tan inculta y nueva, y falta de erudición y disciplina", escribe su li-

cuestión de los inveterados atributos temporales y prerrogativas de la Iglesia, amenazados por los vientos reformistas. La conquista militar abría un nuevo campo en la lucha. No hubiera podido la Iglesia ignorar que la conquista militar había comenzado a moverse penetrada de espíritu renaecntista y reformista...

No fue casual que en los arcones del Adelantado Pedro de Mendoza, el fundador de Buenos Aires en 1536 —casi diez años antes del Concilio de Trento—, se encontrara un libro de Erasmo, el precursor de la Reforma, y que todavía diez años después del Concilio sucediera que se somete a proceso inquisitorial, por sospechas —fundadas o no— de "luteranismo", al conquistador Francisco de Aguirre, fundador de Santiago del Estero... La "conquista espiritual" cundiría, pues, esencialmente infudida de contrarreformismo. Y a nadie podría sorprender que fuesen precisamente "las milicias" de la orden de Ignacio de Loyola, surgidas como órgano activo de la contrarreforma, las que más a fondo que ninguna otra condujeran la conquista espiritual.

Junto a la notable magnitud sistemática de la acción desarrollada por la orden jesuítica —que aparte de las tareas de evangelización, "urbaniza" la existencia de los indígenas, concentrándolos y organizándolos, o introduciendo en sus prácticas gregarias el sentido de la composición metódica; funda órganos de cultura superior, y realiza a través de sus miembros estudios sistemáticos de la naturaleza y del idioma y las costumbres del aborigen—, la acción desarrollada con espíritu de "conquista espiritual" por las demás órdenes —dominicos, franciscanos, mercedarios—, limitada en general a la enseñanza del catecismo y las pequeñas rutinas de la práctica piadosa, resulta, aunque obviamente benemérita y abnegada, de muy escaso relieve.



Familia de Luis de Tejeda

sin dejar de contribuir a la misma empresa, a la de las armas. Consiguientemente, en los últimos tiempos del Renacimiento, las formas clásicas de éste son sustituidas por las del Barroco, cuya vinculación con la Contrarreforma se pone sobre todo de manifiesto en la arquitectura y la escultura. En otra parte se encontrarán los rasgos característicos de esta tendencia. Lo que ahora importa es considerar esta época en la que a la vez que se produce en los estilos artísticos y literarios un tránsito del Renacimiento al Barroco, comienzan a darse en literatura aquellas expresiones que son más propias de la paz que del fragor de la guerra. "Cuando el cañón habla, la poesía calla", se ha dicho. Y este asomar de la poesía centrada en un núcleo más acendrado, y en cierto modo de naturaleza más lírica, se produce por conducto de un poeta que, por haber nacido en Córdoba, puede ser considerado como el primer poeta argentino, y a la vez como el precursor de nuestra tradición lírica.

Este poeta se llamó Luis de Tejeda, y nació, como queda dicho, en Córdoba, en 1604, fecha en que esta ciudad pertenecía en realidad a la provincia de Tucumán, a la sazón dependiente del virreinato del Perú. Descendía de los primeros conquistadores, y era biznieto del capitán Hernán Mexía y Miraval, quien se habría casado con una india santiagueña de la que tuvo varios hijos, entre ellos a Tristán de Tejeda, abuelo del poeta cordobés. Tenía, pues, en su sangre, cierto coeficiente de mestizaje por el lado paterno, mientras por el materno estaba emparentado nada menos que con Teresa de Jesús, cuya influencia gravitó decisivamente sobre la conciencia religiosa y moral de toda la familia.

Hacia la segunda década del siglo XVII, gracias a una donación del obispo Trejo y Sanabria, habíase fundado en Córdoba la Universidad, regentada por los jesuitas. De modo

que el joven Tejeda pudo asistir a sus aulas, en las que cursó estudios de latín, filosofía, teología, artes y literatura. A los diecinueve años obtuvo en forma brillante el grado de bachiller y licenciado, hecho que, unido a una apariencia física atrayente y a su condición social de joven rico y de alcurnia, le confirió un prestigio particular. El joven parece utilizar a fondo en su vida mundana todos estos elementos de seducción, y se ve envuelto en aventuras galantes que provocan toda clase de comentarios. Su padre resuelve poner fin a estos devaneos, y cuando Tejeda tiene veinte años es obligado a contraer enlace con una joven riojana de familia encumbrada. Sin embargo, luego de un breve paréntesis, reanuda su vida azarosa de siempre y da motivo a nuevos escándalos especialmente al sostener un borrascoso idilio con una de las amigas íntimas de su mujer. Todo lo cual no le impide tener diez hijos en su matrimonio. Su personalidad brillante y aventurera, que le da cierto perfil renacentista, no parece encontrar campo propicio a sus ambiciones en el estrecho marco de la vida provinciana. Vida que, perdido el espíritu de empresa de los tiempos de la conquista, resultaba quizás tediosa a un espíritu que, como el suyo, parecía abierto siempre a la aventura. Quizás esto haya influido en su decisión de ponerse al frente de las tropas reclutadas en Tucumán para marchar al Río de la Plata, a luchar contra las fuerzas portuguesas y holandesas que amenazaban entonces a Buenos Aires. Quizás, también, este rasgo de su carácter explique por qué, de regreso en Córdoba sin haber logrado sus propósitos, resuelva lanzarse a la guerra contra el indio en las fronteras de Río Cuarto, Tucumán y el Chaco. O, en fin, que otra vez de regreso en su ciudad natal, se deje arrastrar a la lucha política, comportándose de modo tal que la aventura terminará para él con una orden de



Hernando de Trejo y Sanabria

dimiento de detalle ciertos momentos de su existencia que le importan en cuanto envuelven “su pecado”, triple y uno: de la carne; de la ambición de gloria; de la codicia; esto es, de la sensualidad en todas sus especies. Al pie del último verso de esta primera parte directamente autobiográfica, el propio poeta anotó: “Así cantó el Pecador en el día de su desengaño, su primera captividad en Babilonia”. Ricardo Rojas, al hallar los manuscritos de Tejeda en un códice colonial que editó en 1916, denominó a este poema *El peregrino en Babilonia*, título que el propio Tejeda parece haber puesto a la primera parte. El poeta adoptó para ella la forma del romance tradicional, permitiéndose a la vez el alarde de prolongarlo, en obsesivamente asonantado de rima única, hasta alcanzar exactamente el número de 1332 versos.

Cabe destacar aquí un hecho significativo. El número 1332 parece tener en este caso una especial importancia, pues no debía escapar al poeta —como escapa hoy a sus críticos— que muchísimos versos sobran en esta primera parte de su poema, a pesar de lo cual se empeña en alcanzar el número 1332. Un análisis detenido permite descubrir en seguida que al autor lo guía una intención en cierto modo cabalística, actitud bastante frecuente en los escritores de la época. En efecto, en este número, acaso como en ningún otro, se da de varias maneras envuelto el número 3. Aislado (3) o acompañado de sí mismo (33), o implicado de dos modos: como suma de los extremos de 1332 (1 más 2), o como tres veces repetido en el número de cuartetos en que puede dividirse el romance (333). En todas partes, pues, el signo de la Trinidad (3) o de la edad de Cristo (33).

Dentro de esa esotérica alusión que parece evidente en el número de versos y cuartetos, Tejeda concibe esta parte autobiográfica del poema como una confesión pública de sus culpas y a la vez como acto de con-

trición. Y a través de sus versos, el romance surge fluido y libre, siempre en alguna medida tocado de encanto y de gracia:

*La ciudad de Babilonia,
aquella confusa patria,
encanto de mis sentidos,
laberinto de mi alma;
aquella que fue mi cuna
al tiempo que el sol pisaba
la cola del escorpión
y él le miraba con rabia...*

*Para cantarlas me siento
sobre la arenosa falda
de este humilde y pobre río
que murmura a sus espaldas.
No para cantar como él
que entre dientes siempre habla,
porque jamás desengaños
piden verdades más claras.*

El “segundo tiempo” del poema, dedicado a las “soledades de María”, cambia totalmente de registro, tanto en la forma como en la inspiración. El poeta abandona la forma romancesca, y adopta el verso libre, que combina heptasílabos y endecasílabos con soltura y fresca lucidez, aunque acaso con excesiva facundia:

*Tiempo es ya que yo ahora llore y cante
en son triste, alegre, mixto y vario
de voces, y sollozos, y suspiros,
siguiendo los que dio por el camino
de la pasión sagrada de su hijo
del pretorial Calvario
en triste soledad y desamparo
engolfada María
de corazón turbado,
el rostro fijo
de pacíficas lágrimas bañado...*

La pauta de este segundo tiempo del autobiográfico poema, está dada, pues, por “el camino de la pasión sagrada”; es decir, por el orden de “los misterios”, que son tres: “dolorosos”, “gozosos”, y “gloriosos”. Pero la glosa poemática alcanza sólo a los dos primeros, ignorándose por qué el poeta abandona allí el empeño. Una de las conjeturas —entre otras— que podrían formularse a este respecto, es que quizás el poeta se haya sentido incapaz del aliento de himno gregoriano que le habrían exigido a su verso



Francisco de Vitoria (1483 - 1546)

Fraille español de la Orden dominicana, teólogo, moralista, maestro brillante de la cátedra universitaria, sin duda la figura de mayor prestigio en esos planos en su época, por su sabiduría y elocuencia. Sus ideas no se limitaron al campo teológico, en el que comportaron un gran estímulo; se extendieron también al campo de la filosofía jurídica y social, dentro del cual su pensamiento cuenta entre los de los altos precursores del moderno “derecho de gentes” o internacional, particularmente en cuanto se relaciona con el régimen de conquista y de guerra. Sus “proposiciones” generales en ese orden influyeron sobre el gobierno de España, y se reflejaron en muchos puntos de la legislación para “las Indias”. Fuertemente penetrado del humanismo renacentista, tomó partido en la polémica de Erasmo y Lutero, poniéndose de parte de aquel. No escribió sus obras; expuso sus ideas —en latín— desde la cátedra; después se publicaron sus conferencias (“relecciones”) sobre la base de los apuntes tomados por sus alumnos. Las conferencias relacionadas con el problema de la conquista de América, desde puntos de vista éticos y filosófico-jurídicos, han sido reunidos con el título de *Relecciones sobre los Indios*, y trasuntan un hondo humanismo.

El primer poeta argentino, Luis de Tejeda, es una figura que merece un puesto destacado en la literatura de lengua española de la época. Su natural sentido del ritmo, la sencillez y llaneza de su lenguaje, y su limpia inspiración lírica bastan para asegurarle una firme perdurabilidad.



Lope de Vega

los últimos misterios, es decir, los misterios gloriosos.

En el cuerpo total del poema resaltan notablemente los pasajes relativos al misterio de la inmaculada concepción. Pareciera como si este tema, más que ningún otro de la simbólica de la fe, preocupara especialmente al poeta. Vuelve a él una y otra vez con extraña insistencia, aún en composiciones breves ajenas al poema. Y en algunas, como la titulada *Zelos sin agravios*, lo retoma desde un ángulo insólito y temerario, casi siempre eludido por la exégesis dogmática. Es el tema de los celos maritales del esposo carnal de la Virgen, a quien no había humanamente pedirle que comprendiera de buenas a primeras lo que estaba pasando con su divina esposa. Acaso, *Zelos sin agravios*, compuesta en octavas, figure entre las mejores de las poesías teológicas o místicas de este poeta, que se atrevió al asunto con plena conciencia del riesgo que entrañaba en su novedad, tal como lo deja entrever claramente en la estrofa undécima.

Emplea el poeta setenta y una octavas rigurosas, cargadas de "razones y discursos sabios", y de felices imágenes, para mostrar cómo el marido ofuscado llega a persuadirse de que los suyos fueron celos sin agravios. Por donde concluye:

*Luego Josef, que con discursos tales
llegó al Misterio arcano y escondido,
suspendió el llanto, y los sentidos males
de su amor puso en silencioso olvido...*

Se imponía aquí el recuerdo de Lope de Vega —cuya biografía presenta más de una analogía con la de Tejeda—. También Lope, en su famosa égloga *En loor del Niño Jesús*, de su *Madre Amantísima* y de *San José*, había cedido a la tentación del arduo tema en tercetos dialogados, donde se oye decir a Ergasto, dirigiéndose a los otros pastores que ya han loado al Niño y a la Madre:

*Pastores, no dirá siquiera alguno
de su esposo Josef alguna cosa,
en tiempo de su loor tan oportuno?...*

Cabría también contar entre lo mejor de la poesía "sacra" de Tejeda, dos o tres sonetos intercalados en las *Soledades*, uno de los cuales es particularmente notable por su estructura dialogal y por el trágico patetismo de la imagen aventurada en el diálogo de la Madre y el Hijo:

—Madre: esta pura sangre que me diste,
Cuando me concebiste y me criaste,
Que hoy por el hombre se derrame y gaste
Es justo, pues para esto me pariste.
—Hijo: aunque paso yo tu pasión triste
Dentro del alma mía que criaste,
Por qué también de ese sangriento engaste
A mi cuerpo participe no hiciste?
—Porque si cuando tanto me humillo
Al dolor, a la afrenta y al tormento,
Tu cuerpo en mi pasión me acompañara,
No hiriera tu alma aquel cruel cuchillo
Que es el mayor dolor que ahora siento;
Y este dolor a mi pasión faltara.

El misticismo de Tejeda. Si se considera a Tejeda como poeta místico por la naturaleza de los temas que trata y el lenguaje que emplea, debe admitirse que es el primer poeta místico —si no el único— de la literatura argentina. Un místico de espíritu netamente contrarreformista, tocado a la vez por la influencia del Barroco que le llega sobre todo a través de Góngora, aunque atemperada por la persistencia de los ejemplos del renacentismo clásico.

Sin embargo, es preciso admitir que, a tres siglos de distancia, su misticismo revela rasgos muy peculiares. Contrariamente a lo que ocurre con los místicos puros, el suyo es un misticismo que en ningún momento olvida el "Yo", el Yo pecador, desde luego, que en ningún momento renuncia a ninguno de sus recuerdos felices, los del pecado, y hasta se goza en proclamarlos, desde que lo hace bajo el velo poético.

El don lírico de este poeta es innegable, pero le faltó el sentido de la síntesis poética. No es fácil sobre llevar hoy la lectura total de su poema con paciencia. Pero, a la vez, no es poco lo que merece retenerse en él, y lo que se retiene basta para asegurarle un lugar eminente en la historia de nuestra lírica.



Las misiones jesuíticas de Córdoba (Paucke)

Bibliografía

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Rojas, Ricardo: *Historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, 1925.
Arrieta, Rafael A.: *Historia de la literatura argentina* dirigida por [...] Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1958.

BIBLIOGRAFIA DE LOS PRINCIPALES AUTORES CITADOS

Miranda, Luis de. Su "Romance elegíaco", escrito, al parecer, entre 1545 y 1550, es conocido a través de una primera copia existente en el Archivo de Indias, que remitió a España un funcionario eclesiástico de la época. No hay seguridad de que Miranda dejara otra obra literaria.
Schmidel, Ulrico. El "Viaje" fue su única obra. La escribió en 1554, ya de regreso en Alemania, su patria. Su primera edición, en alemán, data de 1567; la primera traducción latina, de 1597; y la primera edición española, resumida, de 1731.
Hernández, Pero. Sus *Comentarios de Alvar Núñez Cabeza de Vaca* fueron escritos en España hacia 1555. La edición en que se basan todas las demás —basada, a su vez, en una copia del manuscrito original— es la de la *Biblioteca de Autores Españoles*, t. XX, Madrid, 1852.
Barco Centenera, Martín del. La *Argentina* fue terminada, según se cree, hacia 1587, aunque las últimas notas y correcciones datan de 1601. La primera edición, de Lisboa, es de 1602. No ha podido establecerse con certeza la existencia de otras obras literarias del arcediano.
Lizárraga, Fray Reginaldo de. Comenzó a redactar su *Descripción y población de las Indias* hacia 1600, y la terminó, según se cree, unos seis años después. El manuscrito se extravió al ser enviado a España, y luego fue encontrado por el cronista de los dominios del Perú, fray Juan Meléndez, que transcribió algunas de sus partes en sus *Tesoros verdaderos de las Indias*, Madrid, 1681-82. Una copia del manuscrito, defectuosa, que fue hecha en 1735, se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid. La primera edición americana, basada en esta

copia, se publicó en la *Revista Histórica* de Lima, t. II, 1907.

Díaz de Guzmán, Ruy. Compuso su *Argentina manuscrita* entre 1600 y 1612; la dedicatoria del manuscrito lleva esta última fecha. El manuscrito original, depositado en el Cabildo de Asunción, se ha extraviado; las ediciones conocidas se basan en diversas copias de aquél, a veces diferentes entre sí. La primera edición, hecha por Pedro de Angelis en su *Colección de obras y documentos* (Buenos Aires, 1836), se basa en una copia hecha en Córdoba hacia 1781.

Tejeda, Luis de. De la vasta producción poética de este autor sólo se ha conservado una parte, que ha llegado hasta nosotros con el título de "Colección de varias poesías sueltas de D. Luis de Tejeda y Guzmán" en la forma de anexo al *Ensayo sobre la genealogía de los Tejedas de Córdoba del Tucumán, o Relación abreviada del carácter, vida y servicios del capitán Tristán de Tejeda, conquistador de dicha provincia, y de su legítima descendencia desde el año 1573 en que se estableció en aquella ciudad hasta el presente año de 1794*. El *Ensayo* se conserva en dos manuscritos, uno en el Instituto de Estudios Americanistas de la Universidad de Córdoba, y otro en la Biblioteca Nacional. Hay tres buenas ediciones de Tejeda: *El Peregrino en Babilonia y otros poemas de don Luis de Tejeda*, edic. de Ricardo Rojas, Buenos Aires, 1916; *Coronas líricas*, noticia histórica y crítica por Enrique Martínez Paz. Córdoba, Biblioteca del Tercer Centenario de la Universidad de Córdoba, 1917; *Libro de varios tratados y noticias*, edic. anotada por Jorge N. Furt, Buenos Aires, Imprenta Coni, 1947.

BIBLIOGRAFIA SOBRE LOS PRINCIPALES AUTORES CITADOS

Sobre Luis de Miranda:
Peña, Enrique: "El padre Luis de Miranda" en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Buenos Aires, tomo XXIV, 1906.
Torre Revello, José: "El clérigo Luis de Miranda de Villafañá" en *La Prensa*, Buenos Aires, 26 de enero de 1936.
Gandía, Enrique de: *Luis de Miranda, primer poeta del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1936.

Sobre Ulrico Schmidel:

Lehmann Nitsche, Roberto: "Los manuscritos del diario de Ulrico Schmidel" en *Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, publicación de la Sección Historia*, IV, 1918.

Árana, Enrique: "Ulrico Schmidel" en *Boletín del Instituto de Investigaciones históricas*, Buenos Aires, año IX, t. XII.

Sobre Martín del Barco Centenera:
Gandía, Enrique de: "Vida de don Martín Barco de Centenera" en *Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas*, Buenos Aires, año IV, Nº 4 y 5.

Rosenblat, Angel: *Historia de un nombre: Argentina*, Buenos Aires, 1949.

Sobre Fray Reginaldo de Lizárraga:
Medina, José Toribio: *Historia de la literatura colonial*, Santiago de Chile, 1882.

Id.: *Diccionario biográfico colonial de Chile*, Santiago de Chile, 1906.

Sobre Ruy Díaz de Guzmán:
Groussac, Paul: Introducción y notas en su edición de la *Argentina* en *Anales de la Biblioteca*, t. IX, Buenos Aires, 1914.

Gandía, Enrique de: "Ruy Díaz de Guzmán y la Argentina" en *Revista del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas*, año II, Nº 2, Buenos Aires, 1943.

Sobre Luis José de Tejeda:
Devoto, Daniel: "Escolio sobre Tejeda" en *Revista de Estudios Clásicos de la Universidad Nacional de Cuyo*, Mendoza, 1946.

Carilla, Emilio: *El gongorismo en América*, Buenos Aires, 1946.

Sánchez Agüero de Barreyra, Mercedes: "Luis de Tejeda en su obra poética" en *Revista de Educación* (nueva serie), año 5, Nº 1-2, La Plata, enero-febrero 1960.

"LA CONQUISTA ESPIRITUAL"

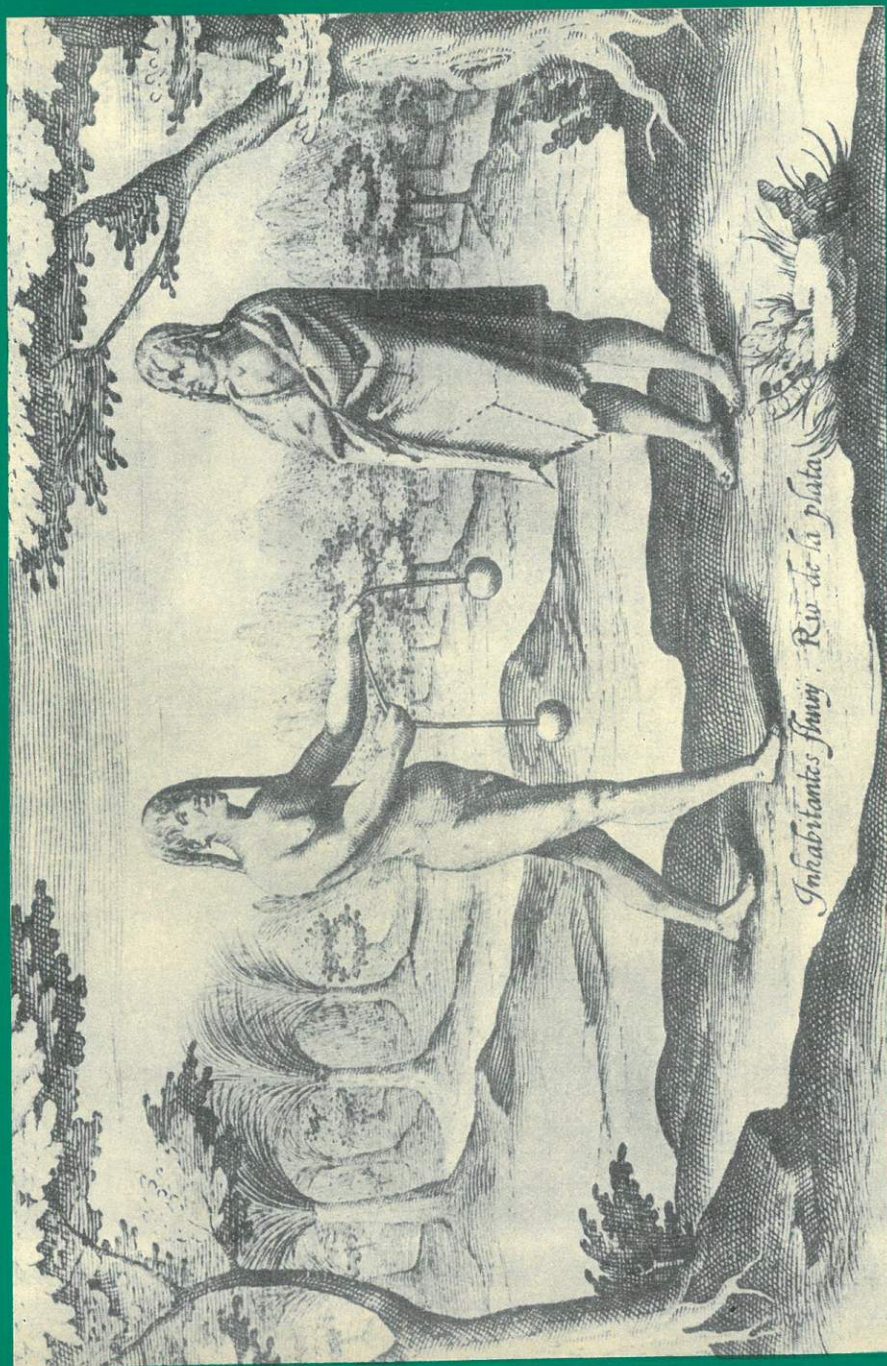
Lozano, Pedro: *Descripción... del Gran Chaco Gualamba*, Córdoba (España), 1733.
Id.: *Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay*, Madrid, 1754-1755.

Hernández, Pablo: *Organización social de las doctrinas guaraníes*, Barcelona, 1913.

Medina, José Toribio: *Ensayo de una bibliografía extranjera de santos y venerables americanos*, Santiago de Chile, 1919.

Peramás, J. M.: *La administración guaranítica comparada con la República de Platón*, Buenos Aires, 1946.

Furlong Guillermo: *Los jesuitas y la cultura rioplatense*, Buenos Aires, 1946.



Indiábitantes Guay. Rio de la Plata

Habitantes del Rio de la Plata — Grabado del viaje de Oltzen. 1803

Este fascículo, con el libro de
LOS FUNDADORES (antología),
constituye la entrega nº 4 de **CAPITULO**

Precio del
fascículo
más el libro: \$ **150**

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra integra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA

FASCICULO

LIBRO

- | | |
|---|----------------------------------|
| 1 | Introducción: Los orígenes |
| 2 | Introducción: El desarrollo |
| 3 | Introducción: Los contemporáneos |

Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga - 128 págs.
El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.

Primera parte

- | | |
|----|---|
| 4 | Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco |
| 5 | Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo |
| 6 | La época de Mayo |
| 7 | Nacimiento de la poesía gauchesca |
| 8 | La época de Rosas y el romanticismo |
| 9 | Echeverría y la realidad nacional |
| 10 | El nacimiento de la novela: Mármol |
| 11 | El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez |
| 12 | La prosa romántica: memorias, biografías, historia |
| 13 | El ensayo en la época romántica |
| 14 | El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento |
| 15 | Desarrollo de la poesía gauchesca |
| 16 | José Hernández: el Martín Fierro |
| 17 | La segunda generación romántica: la poesía |
| 18 | Lucio V. Mansilla |
| 19 | La generación del ochenta: las ideas y el ensayo |
| 20 | La generación del ochenta: la imaginación |
| 21 | La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde |
| 22 | El naturalismo: Eugenio Cambaceres |
| 23 | La literatura social: José Miró |

Los fundadores - Antología - 96 págs.
La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
La lira argentina - 96 págs.
Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
La época de Rosas - Antología - 120 págs.
El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)
Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
Facundo - Sarmiento - 200 págs.
Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.
Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.
Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)
Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.
La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.
Juvenilia - Cané - 124 págs.
Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
La bolsa - José Miró - 190 págs.

FASCICULOS QUE APARECERAN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. Los últimos románticos - 25. La vuelta del siglo: Almafuerte - 26. El modernismo - 27. Leopoldo Lugones - 28. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 29. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 30. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 31. Ricardo Güiraldes - 32. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 33. El teatro: Gregorio de Laferrere - 34. La poesía en el avance del siglo - 35. Feminismo y poesía: Alfonsina Storni - 36. La poesía de Enrique Banchs - 37. Fernández Moreno: el sencillismo - 38. Realismo tradicional: narrativa urbana - 39. Realismo tradicional: narrativa rural - 40. El movimiento de

Martín Fierro - 41. Florida y la vanguardia - 42. Boedo y el tema social - Tercera parte: 43. La novela moderna: Roberto Arlt - 44. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 45. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 46. La crítica moderna - 47. Intelectualismo y existencialismo: Mallea - 48. La novela experimental: Marechal - 49. La narrativa fantástica: Borges - 50. La poesía: la generación del 40 - 51. La poesía social después de Boedo - 52. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 53. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 54. La generación del 55: los narradores - 55. La literatura actual - 56. Índice general.